

intacto. Pero para asegurarse de ello bajaron á la bodega. Mustafá, á la vista de su tesoro sintió como su espíritu se le ensanchaba, oprimido hasta entonces por mortal angustia. Hizo trasladar las vasijas á su casa y examinólas con cuidado. Al destapar la primera y verla llena de guijarros y plomo se agarró para no caerse de espaldas. Un momento le bastó para convencerse que todas las vasijas habían pasado por la misma transformación. Pero Mustafá no se desesperó; cruzóse de brazos, y volviéndose hacia Oriente exclamó: —¡Dios es grande! ¡Mahoma es su profeta! Yo era rico; pobre soy ahora, es verdad; pero Allah me ayudará para recuperar mi fortuna.

Algunos días después, encontró Mustafá algunos negociantes egipcios que llevaban un mono y que podía, en verdad, pasar como un modelo de gracia, de malicia y de inteligencia. La presencia de este animal le sugirió un plan, cuya realización debía darle grandes resultados. Compró el mono y lo ocultó á las miradas de todo el mundo. Lo encerró en un rincón del granero en donde iba dos veces al día á llevarle la comida. Pero antes de presentarse delante de su mono, Mustafá se transformaba completamente. Poníase un largo vestido de seda negra, se cubría la cabeza con un enorme gorro amarillo, y ceñíase un cordón rojo. Era la manera de vestir del judío Ben Arón. El mono demostraba una grande alegría cada vez que su dueño entraba en la habitación. Le quitaba su gorro amarillo para ponérselo en su cabeza, haciendo las muecas y contorsiones más extrañas.

A tal estado habían las cosas llegado, cuando el hijo único de Ben Arón, el pequeño Benjamín, pasó por delante de la puerta de la casa de Mustafá. Lo llamó éste y ofrecióle algunos higos. Pero apenas el niño había pasado el umbral de la puerta que Mustafá la cerró, y corriendo fué á ocultarlo en su bodega.

Esperaba Ben Arón con impaciencia, durante largo rato, la vuelta de Benjamín; pero vino la noche encima sin que el niño hubiese vuelto, y el dolor del padre no tenía límites. Lloró, desgarraba sus vestidos; echóse ceniza sobre la cabeza, y se arrancó buena parte de la barba. Su desesperación era inmensa. En esto, se presentó en su casa una vieja mujer judía, y le habló en esta forma:— He visto á tu Benjamín pasar por delante de la casa de Mustafá. Lo ha atraído dentro enseñándole algo parecido á higos, y no dudo que este hombre malo te lo tiene retenido en su casa.

—¡Ah, Mustafá criminal! ¡ladrón de niños!
—gritó Ben Arón—me pagarás tu audacia.

Vestirse y correr hacia casa del Cadi, fué para Ben Arón obra de un momento. En presencia del Cadi Abdul-Kader, se inclinó hasta el suelo y le dijo:— ¡Sublime Cadi! luz esplendente, sol de justicia, seguro refugio de los oprimidos, vengo para pedirte justicia!

—¿Justicia de qué?—tranquilamente preguntó el Cadi—¿justicia de quién?

—Vengo á pedirte justicia del comerciante Mustafá que me ha robado mi hijo, mi querido Benjamín, la perla de los niños de Israel.

—¿Tienes pruebas, judío, de tu acusación?

—Sí, tengo testimonios irrecusables.

—Pues bien, acompáñalos aquí mañana, al mediodía. Mandaré comparecer á Mustafá ante mi tribunal y veré de que lado ha de inclinarse la balanza de la justicia.

A la mañana siguiente compareció Ben Arón con la vieja judía, que le había notificado el robo de su hijo. De su lado Mustafá tampoco faltaba á la citación. El Cadi le dirigió la palabra de esta manera:—Te acusa el judío Ben Arón, oh Mustafá, de haberle tú robado su hijo Benjamín. ¿Es fundada esta acusación?

—¡Sublime Cadi! ¿quién intentará ocultarte la verdad? Lee tu sabiduría en los ojos de los que son conducidos delante de tu tribunal. Voy, pues, sin rodeos á decirte lo que ha pasado en mi casa respecto del hijo de Ben Arón. Entró este chico para comer higos que yo le había dado, y el pequeño miserable, en lugar de agradecerlo, se puso á blasfemar de nuestro santo Profeta y contra todos los musulmanes. Iba yo á castigarlo según merecía por conducta tan vituperable, cuando á mi presencia ha sucedido un milagro estupendo. El pequeño judío se ha transformado en mono, en mono repugnante, sin que yo pueda explicármelo de que manera ha pasado.

—Benjamín, mi hijo, la perla..... transformado en mono! ¡Esto no es verdad!—exclamó Ben Arón.

—Judío, cállate—interrumpió el Cadi.—Mustafá, prosigue tu narración.

—Figuráos bien—continuó diciendo el comerciante—cual no sería mi estupefacción en presencia de un suceso de tal naturaleza. Movido á compasión por mi veino desventurado, opté por ocultar á Benjamín para que su padre no le viese. Pero si tu lo mandas, sabio Cadi, estoy pronto á traerlo.

—Vete, despacha al momento—respondió el Cadi—pues me tarda el tiempo en verte.

Volvió en seguida Mustafá trayendo al mono en sus brazos y esforzándose para retenerlo. El animal, convertido en salvaje por su largo encarcelamiento, no reconocía á su